

LOS LIBROS

NOVELA

GUERRA - DIARIO DE UN SOLDADO
ALEMÁN, por *Ludwig Renn*.

Los editores han querido aprovechar la sensación producida por la obra de Erich María Remarque y el interés que ella ha despertado por las crónicas de quienes presenciaron la gran conflagración. Por medio de una publicidad tendenciosa, se ha procurado sugestionar al lector, de modo que éste llegue a imaginar que en el libro de Renn encontrará méritos iguales o superiores a los de *Sin novedad en el frente*. Y la crítica se ha hecho cómplice de esta maniobra con un silencio complaciente, que contribuye a desorientar al público y a lastimar el prestigio de Remarque con una comparación desventajosa.

Todos sabemos que la guerra es cruel, que en ella se presencian escenas de horror y se sufren penalidades sin cuento. Al abrir un libro que contiene episodios bélicos, preparamos el ánimo para conocer las peores atrocidades. De este modo, el

efectismo teatral que poseen tales episodios pierde fuerza, al llegar a nosotros, puesto que poseemos una clara conciencia de la barbarie y la exaltación del instinto que representa una batalla. Si Remarque ha logrado impresionarnos y su libro ha alcanzado renombre, se debe no a la objetividad de una vida de trincheras, que todos sabemos terrible y angustiosa, sino a la constatación que ofrece del quebrantamiento, la anulación absoluta de una personalidad. No nos impresionan tanto las heridas producidas por las «Dumdum», los desgarramientos ocasionados por las bayonetas, la tenacidad implacable con que se matan los hombres, como la reacción que provocan en una sensibilidad de elección tales desmanes. En *Sin novedad en el frente*, la guerra en sí misma pasa a segundo plano. Nuestra preocupación principal se concentra en el alma de esa generación de adolescentes. En el caos que se produce en el corazón de los jóvenes. En la desmoralización de las ideas y los sentimientos. En el valor que pierden los conceptos.

El libro de Renn no ofrece nada

de esto. Es el diario minucioso de un cabo alemán, que sabía pocas cosas antes de enrolarse y que aprendió algunas en el campo de batalla. Es el reflejo de una personalidad vulgar que en las trincheras adquirió el sentido del orden, de la disciplina y del esfuerzo personal constantemente ejercitado, en forma que llegue a proporcionar ascensos, consideraciones y fama.

Por este *Diario de un soldado alemán* (1) se puede formar una estadística más o menos exacta de las granadas y «shrapnells» lanzados en cada una de las batallas. Su autor consigna el impulso, la dirección y los estragos producidos por ellos con meticulosidad admirable, así como la suerte corrida por sus compañeros de batallón. Es verdad que deja entrever los conflictos originados por diferencias de criterio entre el Estado Mayor y las tropas: esto es entre la teoría y la práctica de la guerra. La figura de un teniente, anheloso de introducir reformas, de hacer reinar la disciplina de las grandes paradas, y sin conocimientos acerca de las necesidades, deberes y transacciones que imponen las circunstancias, sugiere la incapacidad absoluta, lo absurdo de la organización germánica, pomposa y formulista, frente a la gran verdad de la guerra. Pero Ludwig Renn no profundiza en esta materia, dando la impresión de que ha consignado esta circunstancia para que su libro tuviera alguna semejanza con el espíritu del libro de Re-

marque; por su parte, se muestra hombre respetuoso de la jerarquía y creyente fervoroso de la organización. Cada cambio de jefes, cada ascenso es una cuestión de estado para el grupo de Renn. El mismo se avergüenza de alcanzar tal o cual distinción con méritos menores que sus compañeros y se muestra orgulloso de su pujanza y de la Cruz de Hierro. En cierta parte del libro, por medio de un diálogo entre dos soldados, deja entrever la idea de que, antes de la guerra, era enemigo acérrimo del militarismo, cuyo sentido había descubierto en las trincheras. Pero no se atreve o no sabe definir este sentido lo que, unido a otras manifestaciones, da medida de su mediocridad intelectual.

Es inaceptable la práctica de algunas editoriales, que hacen profesión del ditirambo y establecen analogías absurdas, con fines comerciales. En esto sucederá como en el cuento del lobo; y saldrán perjudicados autores, lectores y editores honrados.

Comparar los libros de Remarque y de Renn es como establecer un parangón entre las crónicas de un artista, verbigracia Pierre Loti, que viaja y adquiere un sentido propio del paisaje, con el «diario de a bordo» que tienen la obligación de llevar todos los capitanes de barco. O mejor, *Sin novedad en el frente* es el cuadro de un buen pintor, mientras que *Guerra* no parece otra cosa que la fotografía del mismo paisaje, tomada por un aficionado que pretende suplir la falta de sensibilidad y disimular la mediocridad de su imaginación, con el prolijo método germánico.—F. Oriúzar Vial.

(1) Traducción de Irene de Falcón. Editorial Mundo Latino, Madrid, 1929.

TIERRA FIRME, por *Concha Espina*.

Así titula la novelista española Concha Espina una novela corta o cuento largo editado por la *Novela de Hoy* en su número almanaque del presente año (1). No tendría esta novelita la menor importancia, ni siquiera la de un comentario informativo, sino concurrieran dos circunstancias: el prestigio bien ganado que tiene su autora en su patria, especialmente entre el elemento más reaccionario de las derechas, y el hecho por demás significativo para nosotros los chilenos de que la acción de *Tierra firme* ocurra en Chile, en Valparaíso, que la autora tiene la obligación de conocer bien, ya que allí residió durante algunos años a fines del siglo pasado.

Y este conocimiento del lugar en que ha situado su fantasía, bien pobre por otra parte en esta novela, no se revela en forma alguna. En efecto, en más de una ocasión se ha criticado a los escritores peninsulares el desconocimiento absoluto de estas tierras de América, sobre las que hablan y escriben, acaso más de lo conveniente. Y la novela que nos ocupa de la escritora española, que ha vivido la vida chilena de nuestro primer puerto, da la razón a esas críticas. El nudo central de la novelita es un temblor que a juzgar por la época y la intensidad de sus efectos, parece ser el terremoto de 1906, pero tan aumentado que de haber existido en la forma que la novelista lo pinta, habría sido un terremoto general de la nación toda, de Arica a Magallanes...

(1) *Tierra firme*, Madrid, 1929.

Describe la vida azarosa de una mujer española sola y abandonada en Chile, que para ganarse la vida se ha dedicado a la costura, donde, según la autora, hace prodigios. Y esta mujer española es la única figura atrayente del novelín. Su empleada, abnegada y fiel, es una «india portañá» (pág. 13), que a pesar de salvar a su patrona y de ayudarla en los momentos más aciagos de la catástrofe sísmica, no infunde ninguna simpatía, porque la autora se ha detenido a hacer un carácter falso, trabajado sin interés y sin afecto. Igual cosa podemos decir de los otros compatriotas que allí figuran. Un Julián Bermúdez «indio tenaz» (pág. 14), «roto siniestro y bandido» (pág. 20), es la amenaza constante para la peninsular y su empleada, y el indispensable galán que tampoco se lleva ningún interés, por más que no hace otra cosa que ofrecerle amor y protección a la maravillosa española, es «algo futre» (pág. 14) y pertenece a la «aristocracia un tanto mercantil de la ciudad» (pág. 20).

Tales frases no tendrían importancia alguna si hubiera alguna realidad en el ambiente descrito por la novela. Quien estas líneas escribe ha residido allí durante algunos años y cree conocer bien el puerto de Valparaíso, y debe confesar que al leer la producción que comenta lo único que encontró ajustado al ambiente que conoce son los nombres de las calles, que no cambian: Yungay, Chacabuco, Esmeralda, Condell, etc.

Además llama la atención por lo inexacto el concepto de indio que debe tener Concha Espina. En Valparaíso, por ejemplo, todas las gentes

del pueblo son indios e indias, y sin embargo los habitantes del puerto organizan excursiones a los campamentos indígenas de Temuco y alrededores, para conocer a los indios, los auténticos, los descendientes de sangre araucana más o menos pura. La autora tal vez ha encontrado sonoro el vocablo, lo que en ella no es extraño, pues es su debilidad reconocida, y lo ha aplicado a una masa de pueblo a la que no corresponde con exactitud. También debe notarse, y en esto estriba a nuestro modo de pensar el peor efecto que la novela produce, la impresión despectiva que resulta de la novela para el lugar en que ocurre. No es Valparaíso esa ciudad inhospitalaria, menguada, sórdida, que la autora nos pinta, y ella no debió hacerlo jamás ya que en Valparaíso se inició en la literatura y de prensas porteñas salieron en 1895 sus primeros ensayos poéticos, versos ocasionales de festividades religiosas, vulgares, prosaicos y rampones.

Transcurridos algunos años y en el apogeo de su fama fácil—Premio Fastenrath 1922 y candidato al Premio Nobel según la ilusión de las Damas Catequistas españolas—la autora ha recordado a Chile, al Valparaíso que ella conoció, ha creído necesario describir un terremoto con salida de mar, y nos ha regalado el presente griego de *Tierra firme*.

Es el inconveniente que tienen los recuerdos. Cuando como en el caso actual son falsos y desprovistos de toda realidad, poco agradables y faltos de la más mínima emoción artística que los anime, denotan que la persona que recuerda comienza a en-

vejecer o, no quisiéramos creerlo, ha envejecido mucho. Espiritualmente, se entiende.—*Abel Valdés A.*

BIOGRAFIA

EL REY FELÓN O LOS SEIS AÑOS INICUOS, por *Cristóbal de Castro*

Según la admirable fórmula de Benjamín Jarnés, «novela es el arte de crear un hombre y biografía es el arte de resucitarlo». En realidad no puede haber más alta y digna función a los estudios biográficos que la de reconstruir el ambiente en que se desarrollaron las acciones de un político o un pensador y descubrir las características de temperamento que las determinaron, justificándolas en cierto modo y contribuyendo siempre a hacer luz en la historia. Con frecuencia se da el caso de que uno de estos estudios sirva de base para la revisión de un proceso, fallado por la opinión pública y el juicio de los historiadores sin conocimiento de antecedentes íntimos, que a veces limitan o amplían el campo de una acción política. Tal o cual problema alcanza una solución determinada por los medios que se encuentran al alcance del hombre público destinado a resolverlo. Y la biografía establece, posteriormente, las razones que impulsaron a éste para actuar de tal manera. Todo esto busca el estudioso, por amor a la verdad y por la conveniencia de conocer precedentes que faciliten, o cuando menos sirvan de ejemplo para resolver análogos asuntos en el porvenir.